



CAPÍTULO VIII

De como el calor de las velas, en combinación con el cognac de cinco ceros y otros peores, suele hacer de un baile un pandemonium.

DESDE el momento en que la primera parvada de pollos cayó sobre el comedor, la concurrencia tuvo sobre los pasteles la perseverancia voraz de la langosta. Este acridio cae sobre todo lo verde hasta hacerlo desaparecer, porque tal es su misión destructora, y aquella gente, que había invadido el *sancta sanctorum* de Saldaña, parecía llevar la mi-

sión de agotar todo lo arinoso y todo lo líquido.

Había algunas personas serias que desde la puerta se entretuvieron en contemplar aquella obra de destrucción, y observaron que muchos jóvenes se habían instalado allí durante algunas horas, y sin ocuparse de lo que pasaba en la sala, con el exclusivo intento de comer y beber.

No tenía más defensa Saldaña contra aquella guerra de exterminio, que transportar los almacenes de depósito para repartir las municiones.

—¿Qué hace usted, Saldaña? le preguntó el marido de Bartolita.

—¡Qué he de hacer, coronel! Aquí con algunos amigos emprendiendo una verdadera cruzada contra la invasión. Hemos seis encargados de traer comestibles de la mesa para hacerlos circular por la sala, por los corredores y por donde quiera que haya gente.

—¿Qué dice usted? ¡qué jóvenes tan

mal educados! decía una señora á otra.

—Esto ya no se puede tolerar. Era una de las causas por que no quería yo traer á mis hijas; porque sospechaba que iba á venir esta caterva de joven-citos que no hacen más que apoderarse de los licores hasta embriagarse.

—¡Y todavía lo que nos falta! ¡Dios nos saque con bien!

—¿Pues qué nos falta?

—Que hasta ahora parecen en su juicio; pero déjelos usted otra media hora, y no respondo del orden.

—¡Oiga usted, oiga usted, cómo gritan! se van animando demasiado; será bueno retirarnos de aquí.

—Yo venía á tomar un vaso de agua.

—Yo también.

—¿Querían ustedes algo? les preguntó un señor entrado en años, el curial por más señas, que por un resto de... por un resto de amor, no quería ver bailar á su mujer, y se refugiaba en

el comedor contra sus propios escrúpulos.

—Deseábamos tomar agua.

—¿Quieren ustedes vino?

—No, señor; mil gracias.

—Algunos pasteles... dulces...

—Agua solamente, si nos hace usted el favor.

El curial se echó á buscar agua en aquella emborrachaduría, y después de mil pesquisas inútiles, tuvo que ir á buscarla á la cocina.

—Una poca de agua, si me hacen ustedes el favor, dijo asomándose.

—¿Agua *pa beber*? preguntó la fregatriz locuaz.

—Sí, para dos señoras.

—¿A ver qué quiere el señor? preguntó la cocinera.

—Pos que *quere* agua.

—Aquí está la agua, dijo la fregatriz, embozándose con una mano y alargando un jarro con la otra...

El curial hizo un movimiento al

ver aquel jarro negruzco y desportillado.

—Es limpia del barril, objetó la fregatriz, volviendo á taparse la boca con el rebozo.

—Sí, pero... ¿No hay un botellón, una jarra más decente?...

—Lo que es de la casa, no, señor, contestó Francisca; sólo que de lo alquilado, y eso sólo don Saldaña sabe de eso.

El curial tenía que optar entre dejar morir de sed á aquellas dos señoras ó llevarles el jarro. Se decidió por lo segundo, y llegando al comedor comenzó á buscar un vaso.

—¿Qué anda usted haciendo con ese jarro, señor licenciado? le preguntó un pollo.

—Es pulque, dijo otro.

—No; es agua, contestó el curial picado.

—Ustedes dispensen, agregó, acercándose á las señoras sedientas; pero

no he podido conseguir más que jarro para traer la agua.

—Pero se ha ido usted á molestar mucho por nosotras, dijo una de las señoras.

—No es ninguna molestia.

Las señoras admitieron la agua procedente del feo y negruzco jarro, viéndose una á la otra.

—¡Adiós! dijo otro pollo, ya es cosa de jarros.

—¿Quién tiene jarro? le preguntó su compañero.

—¡Mira!

—¿Qué jarro es ese? dijo otro.

—Nada, hombre; un jarro como todos.

Tanto se empezaba á hablar del jarro, que el curial, tan luego como hubo llenado el segundo vaso, depositó aquel trasto debajo de una mesa.

Enrique, entretanto, había sido presentado en forma á Leonor, y tanto él como Jiménez tenían concertadas algu-

nas piezas de baile. La concurrencia se había distribuído por sí misma en grupos, como si cada cual empezara á ocupar el puesto que le correspondía. En la sala estaba el grupo de los bailadores, que por supuesto se cuidaba poco de las libaciones, lo cual es ya una ventaja en favor de ellos, y patentiza, además, que la educación social segrega á la juventud de los vicios y de los malos hábitos.

En efecto, el baile como complemento de la educación social de la juventud, es un ramo de enseñanza indispensable en toda sociedad culta. La juventud que no concurre á academias de baile, lleva en sí una secreta disposición de retraimiento y antipatía que le hacen huraña y mal contenta. Por el contrario, los que bailan han desatado un nudo gordiano, de saludable enseñanza para la moral del individuo, que influirá y no poco en su porvenir.

Tomaremos, por ejemplo, en la ocasión

presente, que es la más favorable, los dos tipos opuestos y estudiémoslos.

Jiménez era bailador.

Perico, uno de los pollos que jugaba al billar en Iturbide, no bailaba.

Jiménez no bebía.

Perico se embriagaba todas las noches.

El nudo gordiano á que nos hemos referido, es éste:

Jiménez había descubierto, bailando, que se pueden disfrutar placeres inocentes y puros entre un joven y una señorita; que el ritmo y el compás en el movimiento á duo en el salón puede ser un pasatiempo legítimo, enteramente inofensivo, y de ninguna manera trascendental; que por más que la malicia y la depravación de las costumbres vaya muy lejos en esta materia, hay una línea en donde sin esfuerzo puede el hombre detenerse, cualquiera que sea la vehemencia de sus pasiones; y finalmente, que bailando, es como desaparece cierto fantasma siniestro, que no

marca más que un camino oscuro y tortuoso al amor de la juventud.

Perico era por el contrario. Por motivos de educación había rehusado el contacto con el bello sexo. Sin madre y sin hermanas, no conocía más que la vida de colegio. La primera mujer con quien se había puesto en contacto fué una recamarera y se enamoró de ella. Para Perico no existía el contacto de los dos sexos más que en el amor y por el amor; la sinceridad, el trato ingenuo é inocente le parecían quimeras; ni comprendía que el hombre se acerque á la mujer por otra causa que el amor. Perico, audaz y todo como quería aparecer, temblaba delante de una niña; casi les tenía miedo. Entonces, rebelándose sus instintos viriles, se vengaba de su propia debilidad enamorando á la mujer con quien se ponía en contacto. Perico, como hemos dicho, no bailaba; pero sí con algunas copas en la cabeza entraba á una sala, y escogía su víctima, como

el lobo: aquellas ovejas no servían más que para devorarlas.

Perico era de los que se habían estado en el comedor desde el principio del baile, fumando y bebiendo copa tras de copa, con todos sus amigos, y empezaba á entrar en el primer período de excitación, que él mismo, por sugerencias de su timidez, iba buscando, y comenzaba á sentir cierto brío, cierta entereza, cierto valor para ponerse frente á frente de las muchachas. Sólo así se atrevió á entrar á la sala, y aunque confundido con la multitud, nosotros podemos apreciar todos sus movimientos. Se había parado casi en el centro de la sala, con las manos puestas hacia atrás, y con la mirada insolente iba recorriendo el estrado, midiendo como en un matadero los tamaños de la res, las formas de todas aquellas señoras. Estaba eligiendo pareja.

Dejémosle en esa actitud, mientras nos ocupamos de algunos de nuestros personajes.

Enrique había logrado al fin ofrecer su brazo á Leonor para bailar un wals. Casi era la única oportunidad para hablar cómodamente.

¡Qué bella estaba Leonor! Su estatura y la de Enrique se hermanaban de tal modo, que las palabras, en la misma línea horizontal, iban y venían en el diálogo, que hacía fácil y ameno esta misma circunstancia.

Leonor tenía, además, una manera particular de tomarse del brazo. Se inclinaba mucho hacia adelante y en sentido oblicuo hacia el compañero, como para recoger con más exactitud sus palabras. Esta inclinación, que además de favorecer las curvas salientes, ponía en contacto su cuerpo con el brazo de Enrique, era uno de los movimientos característicos de Leonor.

Enrique se sentía turbado: lo primero que había hecho había sido enviar á sus pulmones un pie cúbico del aire caliente de la sala impregnada de Corilópsis que

brotaba de los encajes del seno de Leonor.

Había lo suficiente para hacer boca.

Y luego los ojos de Leonor, vistos de cerca, tenían un atractivo singular. Cambiaban de aspecto completamente: había en ellos algo de naturaleza salvaje, algo indómito que resistía á todos los esfuerzos del refinamiento. La mirada de Leonor era como indomable, tenía cierta fiereza agrestè; sus pestañas de un negro mate, y su grosor, y su poca curvatura le daban á la mirada ese aire dominante que Leonor no podía evitar. Esta particularidad inconsciente de su modo de ver, era á lo que Leonor debía su gran popularidad, era tal vez la mirada que había subyugado á Enrique.

Ya hemos dicho que las Machucas bailaban bien, y como eran delgaditas de cintura y ágiles de miembros, se llevaban un pollo por esos salones en las vueltas vertiginosas de un vals, hasta

desvanecerlo de dicha y de voluptuosidad.

Enrique emprendió ese vuelo, asiendo á Leonor con ese primer estremecimiento de la pasión, parecido al que se observa en la loca mariposa, cuando hinca los pequeños garfios de todas sus patas en los pétalos de una flor que acaba de abrirse ásperos de polen, húmedos de rocío y ricos de aroma.

Allí valsando, ipnotizado por círculos de luz que parecían girar alrededor de su cabeza; mezclando sus sílabas al unísono, con algunas notas de la flauta; su respiración con algunos frotamientos del contrabajo; su aliento con algunos efluvios químicos de los aromas, y con algo del aire caliente que ya habían tamizado los bronquios de Leonor, allí declaró su amor, todo su amor, con esas frases rotas que se escapan y se precipitan sin saberlo, asumiendo una elocuencia que ningún madrigal y ningún idilio pudieron reunir jamás.

Leonor se dejó arrebatar, sin pensarlo: entró sin saberlo en el círculo magnético de Enrique, é quien clavó sus ojazos negros, como la zorra á su presa fácil. Enrique sentía en su mano izquierda, en contacto con el raso que ceñía la cintura de Leonor, como los alfilerazos de la electricidad; y apoderado de todo el ramal nervioso de la enguantada mano izquierda de su compañera, sentía como la fusión inevitable de dos organismos, como un soplete ígneo que funde dos metales en un solo líquido.

A esta sazón cesó la música, causando en Enrique el mismo desagrado del sediento á quien arrebatan el vaso de sus labios.

— ¡Que siga! gritó uno.

— ¡¡Que siga!!... gritaron muchas voces.

Y la música siguió.

Era que la concurrencia había formado círculo á las dos parejas que baila-

ban, que bailaban divinamente, según expresión de algunos entusiastas.

Las dos parejas únicas que bailaban aquel vals eran Enrique y Leonor, que efectivamente bailaban á las mil maravillas, y Perico y Gumesinda, otra de las Machucas.

¿Cómo era que Perico, que no sabía bailar, estaba llamando la atención al grado de hacerle círculo?

Mientras Enrique era tal vez el único entre los bailadores que sabía bailar, Perico no había bailado vals en su vida. Enrique conocía la estética del baile, y sin haber en él nada de afeminado, sus movimientos eran graciosos, sus actitudes naturales, la expresión de su fisonomía agradable, y en todo el conjunto podía notarse al caballero de buena sociedad que ha aprendido á bailar.

Perico, como hemos visto, se había puesto á elegir compañera. Le gustó Gumesinda, y le pidió una danza.

—Las tengo dadas todas, le había

contestado Gumesinda; ¿baila usted el vals?

Y Perico, con el atrevimiento de la ignorancia, había dicho sí; y por un acto de audacia que sólo el cognac había podido engendrar, se soltó dando vueltas con Gumesinda. Sucedióle, sin embargo, que el ritmo de la música y el haberse dejado llevar, lo hicieron coger el paso, ó más bien adivinarlo, como ha sucedido á algunos que han aprendido á nadar con sólo echarse al agua.

Una erupción de fatuidad hinchó á Perico, que se creyó por un momento el rey del baile. Era feliz; sólo que su felicidad, de muy distinto género de la de Enrique, se iba materializando á un grado inconveniente. A las pocas vueltas empezó á perder la conciencia de lugar: líneas negras y amarillas cruzaban con rapidez vertiginosa en el campo de su visión; ruidos y estrépitos como de cascadas y coros al mismo tiempo, des-

componían los sonidos de la música, como se descomponen los colores con el movimiento de rotación. ¡Quién sabe cómo iba tomado de Gumesinda, en qué actitud ni con qué afianzamiento, ni por qué artes iba adherido! pero él, como arrebatado por los círculos concéntricos de una vorágine, iba perdiendo rápidamente la conciencia de sí mismo, hasta que, como si hubiera tocado el último círculo, ó como la piedra de la honda que se desprende en tangente para lanzarse al espacio, Perico sintió un arrancamiento, una explosión y una luz, que fué á terminar en inacción, en silencio y en oscuridad.

¡Yacía tendido en la alfombra con los brazos abiertos y como muerto!!...

Gumesinda gritó y levantó los brazos, y una oleada y un grito general se produjo en la concurrencia!!...

—¿Qué ha sucedido?

Que Machuca, el pagador, había asesado una bolea descomunal al pobre de

Perico, y lo había postrado en tierra sin sentido.

—¿Qué ha sucedido? ¿qué pasa? exclamaban muchas voces.

—¡Nada! ¡una desgracia!

—¡Un golpe!

—¡Una trompada!

—¡¡Un herido!!

—¡¡¡Un matado!!!

Así llegó la noticia á la cocina: ¡Un matado!

—¡Ave María Purísima! exclamó la cocinera; son esos *rotos* de mis pecados que ya se *entrompetaron*.

—¿Ora qué hacemos, doña Pachita?

—Pero, ¿quién es el muerto?

—Dicen que se llama el niño Perico.

—¿Y quién le pegó?

—Pos *disque* un tal Machuca.

—¿Con arma?

—Pues yo creeré que con belduque, dijo el garbancero.

—¿Y lo mató *dialtiro*?

—Voy á ver.

Las señoras habían salido en tropel hasta el corredor, y entre cuatro hombres cargaban á Perico para llevarlo á la recámara.

Todos creían ver sangre donde no había más que cognac, y exclamaban por todas partes: ¡un matado! ¡qué horror! ¡vámonos! ¡vámonos!

—Niñas, cojan los abrigos.

—¡A la calle! aunque sea en cuerpo.

—¿Dónde estás, Lola?

—¿Dónde están mis hijas? ¡Alma de la Virgen!

Mientras las señoras se separaban de los hombres como el aceite del agua, los hombres estaban todos alrededor del muerto.

—No es nada. Una bolea.

—Pero ¡qué bolea!

—Machuca es fuerte.

—Pero oigan ustedes, no hay que alarmarse; Perico no está siquiera privado. A ver, doctor, dijo uno dirigién-

dose á Capetillo, que estaba entre los concurrentes.

Capetillo reconoció á Perico, y por único diagnóstico extendió el meñique y el pulgar de la mano derecha, doblando los otros tres dedos contra la palma, ademán, que ya colocado entre las frases del lenguaje universal, hizo reír á los circunstantes.

Efectivamente, Perico no tenía lesión alguna, pero el cognac, el vals y la bolea eran elementos suficientes para tenerlo fuera de combate.

—No es nada, señores, no es nada; tengan ustedes la bondad de calmarse; siéntense ustedes. Vamos, señores; ¡á bailar, á bailar!

—Sí, á bailar. «¡Que haya un cadáver más, qué importa al mundo!» gritó un pollo.

—Uno menos y á bailar.

—¡A ver, una danza!

—¡Orden! ¡orden!

Pero nada de esto era suficiente á